

sion propicia puede acercarme á la corte, y si logro hablar al rey, de quien emana toda merced, se me tendrán sin duda en cuenta los servicios prestados por mis abuelos á los reyes sus predecesores, pues su Magestad no consentirá que una noble familia que se ha arruinado en las guerras perezca tan miserablemente. Interin, á falta de otros recursos, represento la comedia, y he, en este oficio, ganado buenas pistolas de las que te remesaré algunas á la primera ocasion segura que se presente. Quizás hubiera hecho mejor en sentar plaza de soldado en alguna compañía; pero no quise coartar mi libertad, pues por pobre que sea, obedecer repugna á quien sus antepasados han mandado y no han recibido jamás órdenes de nadie. Y además ¿por qué no decirlo? la soledad me ha vuelto un tanto indómito y montaraz. La única aventura digna de notarse que me ha ocurrido en este largo viaje, es un desafío con cierto duque muy depravado y gran espadachin, del que he salido con gloria, gracias á las buenas lecciones que de tí recibí. Le he atravesado el brazo de parte á parte, y nada me hubiera sido más fácil que dejarlo tendido en el sitio, pues ofende mejor que no se defiende, y su ataque, más fogoso que prudente, es ménos firme que rápido. Se ha descubierto muchas veces, y hubiera podido despatcharlo de una estocada de esas que tú me enseñastes con tanta paciencia durante nuestros largos asaltos en la sala baja de Sigognac, única cuyo piso era bastante sólido para resistir nuestros golpes de piés, á fin de matar el tiempo, desengoger los dedos y llamar á nosotros el sueño por la fatiga. Tu discípulo te honra, y he crecido mucho en la consideracion general despues de esta victoria, por cierto fácilmente conseguida. Parece que decididamente soy un buen tirador, un espadachin de primer orden. Pero dejemos esto á un lado y vayamos á otra cosa. A pesar de las distracciones de mi nueva vida, pienso á menudo en ese desmantalado castillo cuyas ruinas se van derrumbando encima de las tumbas de mi familia y en el que he pasado mi triste juventud. Ahora

que me hallo léjos de él, no me parece tan feo ni tan des-
apacible, y aun hay momentos en que en imaginacion me paseo á través de esas salas desiertas contemplando los amarillentos retratos que durante tan largo período de tiempo han sido mi única compañía, y me parece oír crugir bajo mis piés los vidrios desprendidos de las hundidas ventanas. Ilusion engañosa, y que sin embargo me causa cierto placer melancólico.

Seria tambien para mí motivo de satisfaccion vivísima, volver á ver tu vieja cara tostada por el sol, iluminada, á mi vista, por sonrisa afectuosa; y ¿por qué tendria que avergonzarme al decírtelo? tambien quisiera oír el ron ron de Belzebú, el ladrido de Miraut y el relincho del pobre Bayardó, que reunió las pocas fuerzas que le quedaban para llevarme, bien que yo no pesase mucho. El desgraciado á quien los hombres abandonan da una parte de su alma á los animales, más fieles, y á quienes no causa horror el infortunio. Y dime, esas honradas bestias que tanto me quieren ¿viven aun y demuestran acordarse de mí y echarme de ménos? ¿Has tú podido, cuando ménos, en esa mansion de la miseria, impedir que se muriesen de hambre, y apartar de tu raquílica pitanza una parte para ellas? Procurad vivir todos hasta que yo regrese pobre ó rico, dichoso ó desesperado, para compartir conmigo mi buena ó mala suerte, segun esta disponga, en el sitio donde juntos hemos sufrido. Si debo de ser el último de los Sigognac, ¿cumplase la voluntad de Dios! Todavía queda para mí un sitio vacío en el panteon de mis padres.

BARON DE SIGOGNAC.»

El Barón selló la carta con un anillo, única alhaja que conservaba de su padre y en cuyo engarce se veian grabadas las tres cigüeñas en campo de azur; estendió el sobre y metió la misiva en una cartera para enviarla á su destino á primera ocasion que saliese algun correo para la Gaseuña. Del casti-

llo de Sigognac, á donde le habia trasportado la memoria de Pedro, su pensamiento volvió á Paris y á su situacion presente. Aunque fuese una hora muy adelantada de la noche, oia vagamente zumbar en sus oidos ese murmullo sordo de una gran ciudad que, al igual que el Océano, no guarda jamás silencio ni aun en los momentos en que parece descansar. Ya era el paso de un caballo, ya el lejano rodar de una carroza, ó la cancion de algun borracho trasnochado, ó el chis chas de dos espadas al cruzarse, ó un grito de transeunte asaltado por los rateros del Puente Nuevo, ó el aullido de un perro extraviado, y mil y mil otros indistintos rumores, entre los que Sigognac creyó distinguir en el corredor pasos de hombre que anda con precaucion como si no quisiese ser oido. Apagó el Baron la luz para que el reflejo no le delatase, y, entreabriendo su puerta, vió en las profundidades del pasadizo un individuo cuidadosamente embozado en una capa, quien se dirigia hácia el cuarto del huésped cuyo aspecto le habia parecido sospechoso. Poco despues, otro compañero, cuyo calzado crugia, aunque se esforzase en andar lo más ligeramente posible, siguió igual camino que el primero. Escasamente media hora despues un tercer personage, moceton de truculento aspecto, armado como los dos primeros y la punta de cuyo estoque le levantaba por detrás la capa, dejóse ver al dudoso reflejo de la próxima á extinguirse linterna y penetró en el corredor. La sombra que proyectaba sobre su rostro el ala de un sombrero adornado con una pluma negra no permitia distinguir sus facciones.

Aquella procesion de estantiguas pareció por demás intempestiva y extraña á Sigognac, á quien aquel número de cuatro trajo á la memoria la emboscada en que corrió peligro de ser víctima en la callejuela de Poitiers despues de su pendencia con Vallombreuse. Gracias al rayo de luz que este recuerdo difundió en su memoria, el Baron reconoció en el hombre que tanto le habia dado que pensar en la cocina al tunante cuya agresion, á no estar prevenido, hubiera podi-

do serle fatal. Sí, no cabia duda de que era el que habia rodado patas arriba por los suelos, el sombrero hundido hasta las espaldas, bajo los cintarazos que con no visto ardor le administraba el capitan Estruendo. Los demás debian de ser sus compañeros valerosamente batidos por Herodes y el Intrigante. ¿Qué casualidad, ó, por mejor decir, qué maquinacion les reunia precisamente en la posada en que habia sentado sus reales la compañía la noche misma de su llegada? Era necesario que hubiesen seguido etapa por etapa á los cómicos. Y sin embargo Sigognac habia vigilado atentamente el camino; ¿pero cómo distinguir un adversario en un ginete que pasa de largo con aire indiferente y sin apenas dirigiros esa mirada vaga que, en viaje, excita todo encuentro? Lo que habia de fijo, era que el odio y el amor del jóven duque no se habian adormecido, y que este buscaba satisfacer uno y otro. Su venganza propendia á envolver en las mismas mallas á Isabel y á Sigognac. Valiente por naturaleza, el Baron no temia por él las asechanzas de aquellos tunantes asalariados á quienes hubiera puesto en fuga el viento de su espada, y que no debian ser más animosos con el acero en la mano que con el baston; pero sí temia alguna cobarde y sutil maquinacion contra la jóven actriz. Tomó pues las precauciones que la prudencia aconsejaba, y resolvió no meterse en cama. Encendió todas las bujías que habia en su cuarto, y abrió la puerta de manera que se proyectase en la pared opuesta del corredor sobre la puerta misma del departamento de Isabel una masa de claridad; luego sacó de la vaina su espada y su daga, las colocó al alcance de su mano para en caso de alarma, y se sentó. Mucho tiempo trascurrió sin que nada de particular sucediese. Habian dado ya las dos en el campanario de la Samaritana y en el reloj, más cercano, de los Grandes Agustinos; oyóse en el corredor un ligero roce, y pronto en el cuadro luminoso recortado en la pared apareció indeciso, vacilante y muy corrido, el primer sujeto, que no era otro que Merindol, uno de los perdonavi-

das de Vallombreuse. Sigognac estaba de pié en el umbral de la puerta, empuñada la espada, presto al ataque como á la defensa, en actitud tan heróica, tan altiva y tan temible, que Merindol pasó con la cabeza gacha y sin decir esta boca es mía. Los otros tres, que marchaban á la desfilada, sorprendidos bruscamente por aquel torrente de luz en el centro del cual aparecía en actitud terrible el Baron, escurrieron el bulto más que de prisa, y aun el último dejó caer una alzaprima, destinada sin duda á forzar la puerta del cuarto del capitán Estruendo durante su sueño. Sigognac les saludó con gesto burlon.

Pocos momentos despues oyóse en el patio ruido de caballos que sacaban de la cuadra. Los cuatro bribones, frustrado el golpe, ponían tierra de por medio.

Durante el almuerzo, Herodés dijo al Baron: —Capitan, ¿no sentís deseos de ir á dar un paseo por la ciudad, una de las más importantes del mundo, y de la que tantas cosas se cuentan? Si os place, yo os serviré de guia y de piloto, pues por haberlos frecuentado en mis mocedades, conozco los arrecifes, escollos, bajíos, Euripes, Caribdis y Scilas de este mar proceloso para los extranjeros y los provincianos. Seré vuestro Palinuro, y no me dejaré envolver por las olas como aquel de quien nos habla Virgilio Maro. Estamos á un paso del Puente Nuevo, que es á Paris lo que la via Sacra á Roma, el paso, punto de cita y galería paripatética de los noveleros, papamoscas, poetas, petardistas, rateros, charlatanes, cortesanos, hidalgos, plebeyos, soldados y gente de todos estados y condiciones.

—Me place vuestra proposicion, amigo Herodes, —respondió Sigognac; —mas antes de salir, prevenid al Intrigante que no se mueva de la posada y que vigile con su ojo sagaz los entrantes y salientes cuyo talante ofrezca la más



SIGOGNAC PERMANECIA DE PIÉ AL UMBRAL DE LA PUERTA.

mínima sospecha, y sobre todo que no deje sola á Isabel. La venganza de Vallombreuse se ciérne sobre nuestras cabezas buscando la ocasión de devorarnos. Esta noche he visto los cuatro bribones á quienes pusimos como chupa de dómine en la callejuela de Poitiers, y ó mucho me equivocó ó su intento era violentar mi puerta, sorprenderme en medio del sueño y jugarme una mala pasada; pero como yo estaba en vela por sospechar alguna asechanza contra nuestra amiga, no han podido llevar á cabo su proyecto, y, al verse descubiertos, han tocado soleta montados en sus caballos, que, á pretexto de querer ponerse en camino de madrugada, les aguardaban ensillados en el establo.

—No creo,—respondió el Tirano,—que de día se atrevan á intentar nada, pues al menor grito vendria socorro, y por otra parte aun deben de dolerles las costillas. El Intrigante, Blazius y Leandro bastarán para la guarda de Isabel hasta nuestro regreso. Pero á fin de estar preparado contra cualquier pendencia ó algarada por las calles, voy á tomar mi espada para en caso necesario servir de ayuda á la vuestra.

—Esto dicho, el Tirano se ciñó su majestuoso abdómen con un cinturón del que pendia una larga y templada tizona, se echó sobre los hombros una capa corta que no podía entorpecer sus movimientos, y se encasquetó hasta las cejas su sombrero de encarnada pluma, pues,—dijo,—no hay que fiarse, al pasar por los puentes, del cierzo ó del galeno, que en un santiamén hacen pasar un sombrero de la cabeza al río, con gran esparcimiento y chacota de los pages, lacayos y pilletes. Tal era la razón en que Herodes se apoyaba para justificar lo hundido que llevaba el fieltro, pero el verdadero móvil del honrado cómico no era otro que evitar que Sigognac pudiese ser visto en público con un histrión. Por nada más disimulaba cuanto le era posible su semblante tan conocido del público.

—Llegados á la esquina de la calle Delfina, Herodes hizo notar á Sigognac, bajo el pórtico de los Grandes Agustinos,